

La crisis del partido socialista español

José Luis Arenillas

30 de julio de 1934

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 291-399, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 37, agosto de 1934.)

El estado monárquico español se basaba en la hegemonía de los grandes terratenientes (castellanos, andaluces, extremeños y gallegos), de la nobleza y de la iglesia, castas feudales que remolcaban a la débil y cobarde burguesía española. La burguesía española, al iniciar su desarrollo como clase independiente, se encontró en una disyuntiva un tanto embarazosa. Por un lado, tropezaba con las supervivencias feudales, con los latifundistas, con la nobleza y el clero, con un militarismo hipertrofiado, con unos señoritos despreocupados, con un cuerpo de funcionarios excesivo, secuelas de los desastres coloniales, que constituían un peso muerto para el estado.

Por otro lado, tenía al proletariado revolucionario, que suponía una amenaza constante suspendida sobre su cabeza. Colocada entre estos dos extremos, la burguesía se inclinaba dócilmente del lado de las fuerzas reaccionarias, temerosa de perder más de lo que había de ganar, ante la posible rebelión de la clase obrera. Pero, al manifestarse la crisis general de toda la economía “nacional”, que se inició en 1929 con caracteres alarmantes, bajo el empuje irresistible de los obreros y de la pequeña burguesía del campo y de la ciudad, la burguesía sacrificó a la Monarquía y contrajo la responsabilidad de gobernar buscando entre la clase media y entre los dirigentes socialistas aliados con quiénes compartir el poder. En abril de 1931, la correlación de fuerzas se modificó en sentido favorable a la burguesía. En un momento en que la burguesía de todos los países navegaba a la deriva hacia el abismo, la hegemonía política pasa a la burguesía española, constituyéndose el bloque burgués-agrario, que utiliza la herencia recibida de la Monarquía con el propósito de paralizar la acción revolucionaria de los obreros y de los campesinos, que se entregaron alegres a la revolución popular. No se daban cuenta de que, aun cuando el régimen político había cambiado de nombre, su contenido de clase seguía siendo el mismo con ligeras modificaciones. La burguesía había conquistado el poder, convirtiéndose en una clase conservadora, y la revolución se transformó en una contrarrevolución para los trabajadores.

En abril de 1931 los socialistas tenían en sus manos la situación del país. De habérselo propuesto, hubiéramos asistido a una verdadera revolución. Si se contaba con la preponderancia y la voluntad de las masas explotadas y con el pánico de las antiguas clases dirigentes, ¿por qué el partido socialista no ha sabido consolidar una revolución que se hacía solo y casi a su pesar? Porque para efectuar una revolución se precisan revolucionarios. Y al decir revolucionarios no pensamos en las etiquetas que marcan las diferentes corrientes del movimiento obrero. Un régimen nuevo no puede consolidarse y defenderse si no tiene en su dirección hombres para los cuales se hace insoportable el antiguo régimen, y que viven con toda la inteligencia tendida hacia el porvenir. Revolucionario es aquel que en su propia conciencia ha dicho *no* a la sociedad actual, cuyas injusticias le atormentan y cuya atmósfera se le hace irrespirable. Que ese no sea dicho [sic, ¿ducho?] en las barricadas o que inspire una acción gubernamental, solo depende de las circunstancias. Se es revolucionario en la medida que esa negativa encarna en la pasión de las clases y de los jefes, y en la medida que dirige su línea de conducta. Y

los socialistas españoles jamás han dicho *no* al régimen capitalista. Nunca han sentido la revolución, ni han deseado el socialismo. Todas sus actividades políticas se redujeron a la acción parlamentaria y sindical, haciendo creer a las masas que su suerte se decidiría en el parlamento.

Al amparo de sus potentes organizaciones colectivas, y disfrazado de *marxismo*, el partido socialista ha desempeñado, por culpa de sus jefes reformistas, en la historia del movimiento obrero peninsular, el mismo papel que el catolicismo oficial, y muy particularmente el jesuitismo, con relación al cristianismo primitivo. Idéntica deformación ha sido cometida en uno y otro caso. “El cristianismo evangélico era una ideología de pescadores oprimidos, de esclavos, de trabajadores aplastados por la sociedad, una ideología de proletarios. ¿Y acaso no fue acaparado por aquellos que monopolizaban la riqueza, por los reyes, los patriarcas y los papas? Indudablemente, el abismo que separa el cristianismo primitivo, tal como surgió de la conciencia del pueblo y las capas inferiores de la sociedad, del catolicismo y las teorías ortodoxas es tan profundo como el que ahora separa las teorías de Marx, puro fruto del pensamiento y los sentimientos revolucionarios, de los residuos ideológicos burgueses con los que trafican los Scheidemann y Ebert de todos los países”¹, con los cuales prolongan la existencia de las clases dominantes y explotadoras.

¡Con cuanta frecuencia los jefes socialistas se refieren a los compromisos contraídos con el Gobierno Provisional (que en aquellos instantes era el comité ejecutivo de las clases dominantes), y al sacrificio que el partido socialista ha hecho de los intereses históricos de la clase obrera, sin otra finalidad que consolidar la República en beneficio de la clase explotadora! De haber sido revolucionarios consecuentes, hubieran iniciado la revolución agraria a todo vapor, y el problema de las nacionalidades se hubiera resuelto con arreglo a su naturaleza. Hubieran actuado contra los vestigios feudales y contra el poder de la iglesia, atacándolos en sus fundamentos económicos. Se hubieran servido de las libertades políticas como medio para alcanzar la emancipación económica de las clases oprimidas. No hubieran respetado los compromisos contraídos, ni hubieran prestado atención a sus aliados circunstanciales, representantes de organizaciones quiméricas, prosiguiendo, en cambio, la obra revolucionaria sin reparar en los perjuicios que ocasionaban a la burguesía y a los terratenientes. Pero el socialismo de los dirigentes españoles, cuya *honradez* y cuyos miramientos con las clases opresoras ha sido ejemplar, era un socialismo liberaloide, confuso, timorato, y hasta reaccionario en ocasiones, incapaz de solucionar los problemas democráticos que la revolución planteaba.

Las concesiones que la burguesía y sus aliados feudales hacían a la revolución de abril fueron presentadas por los socialistas como el principio de una nueva era. Mientras que la conservación de la “economía española” exigía una reducción continua del nivel de vida de los trabajadores; en tanto que la burguesía se veía impotente para consolidar su sistema por sus propios medios, el partido socialista prestó al estado republicano los elementos necesarios para regir y administrar sus destinos, con las personas de sus ministros, embajadores, altos y bajos funcionarios, creándose de esta manera una red de intereses que enlazaban la suerte de estos pequeñoburgueses privilegiados al porvenir de la burguesía española. Así se explica que en todas las ocasiones en que el partido socialista participaba en la represión contra los obreros revolucionarios, justificara su actitud, presentándose como el campeón de la democracia y como el más decidido sostén de la República. Fenómeno que ha permitido a las fuerzas reaccionarias cargar en la cuenta del *marxismo* la responsabilidad de todos los sufrimientos y de toda la miseria causada por el fracaso de un sistema económico en plena bancarrota. Con su política de coaliciones, de

¹ L. Trotsky, “Karl Liebknecht – Rosa Luxemburg”, página 3 del formato pdf en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano](#) (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas).

tolerancia y de capitulaciones, el partido socialista desacreditó el movimiento obrero, debilitó sus fuerzas, desmoralizó a sus militantes y favoreció los avances de la contrarrevolución.

Durante los años de franca colaboración, la burguesía ofreció al partido socialista la posibilidad de fortalecer sus organizaciones políticas y sindicales. El reformismo logró un gran ascendiente entre la clase obrera y entre las clases medias de la ciudad y del campo. Su organización y su disciplina eran admiradas por las clases dominantes. Inspirados en los más puros principios reformistas, la burocracia sindical y los funcionarios del partido convirtieron en feudos suyos los sindicatos y el mismo partido. La misión de los sindicatos se redujo a discutir con los patronos las bases de trabajo, recurriendo en última instancia al arbitraje de los jurados mixtos. La huelga fue excluida de sus medios de lucha. El papel de los militantes se redujo al pago regular de las cuotas, a trabajos electoreros y de propaganda, mientras que los jefes sindicales, numerosos, retribuidos y aburguesados, reinaban sobre las masas organizadas y se hacían indispensables por medio de sus gestiones en los jurados mixtos, bolsas de trabajo, ministerios, comisiones gestoras, etc., y demás organismos de colaboración de clases. Las escasas ventajas conseguidas por mediación de estas instituciones mantenían a los afiliados en los cuadros sindicales, sometidos a la disciplina impuesta por sus jefes, perdiendo su capacidad revolucionaria.

Paralelamente a la burocracia sindical se desarrolló en el aparato del estado republicano una burocracia especial encargada de aplicar las leyes sociales que brotaban del Ministerio del Trabajo, cuyas ramificaciones se prolongaban hasta los organismos secundarios. Y a su lado floreció una serie de funcionarios que vegetaban a la sombra de los ministerios administrados por los otros jefes socialistas. Debemos reconocer en estos organismos y en su funcionamiento una forma auxiliar del reformismo, producto de la conjunción del reformismo sindical y del reformismo parlamentario. Siendo innegable también que por estos medios logró el partido socialista mantener la ilusión de las masas en el orden establecido y en la obediencia.

Los postulados democráticos han sido el medio por el cual la burguesía ha logrado sus fines explotadores durante su fase ascensional. La teoría reformista nacía al calor de esta prosperidad, porque la burguesía, durante este periodo favorable, podía hacer concesiones a la clase obrera sin menoscabo de sus beneficios. Pero cuando el sistema capitalista se convierte en cadena para a producción, estorbando al progreso de las fuerzas productivas, dificultando su desarrollo y malgastando lo producido con anterioridad, la burguesía, agobiada por el peso de una crisis que nunca acaba, se convierte en factor regresivo, haciendo marcha atrás a la desesperada, abandona las libertades democráticas y suplantando la ideología reformista por la fascista, retornando a sus plenos poderes, a la dictadura personal, al principio de autoridad y a los consejos corporativos, retrotrayéndonos a la época predemocrática y oligárquica.

Pero ¿qué sucedió cuando la burguesía y los terratenientes, representados por los gobiernos lerrouxistas, expulsaron del poder a los socialistas? ¿Qué ha sido lo que ha obligado a un cambio de actitud tan brusco en apariencia?

Las raíces económicas que dieron origen al reformismo han des parecido en escala internacional. La evolución democrática era una quimera. La tragedia del proletariado alemán trastornó la mentalidad sensible de los jefes socialistas. Los funcionarios socialistas eran expulsados del poder y de los organismos reformistas de colaboración de clases, cuya misión fue reforzada en beneficio de la clase explotadora. El socialismo perdía influencia a consecuencia de la agravación de la miseria y de la explotación de las masas laboriosas, y salía desgastado del poder. La desmoralización cundía entre los jefes y entre las masas organizadas. Se acercaban las elecciones, y para atajar este malestar se

imponía un viraje brusco capaz de recuperar las fuerzas y de reconquistar las posiciones perdidas. En realidad, a los jefes socialistas solo les interesaba la lucha electoral y su futura representación parlamentaria. Les preocupaba lo que siempre ha sido objeto de sus preocupaciones: sus actas de diputados, y amenazaban con la revolución, anunciando la implantación de la dictadura del proletariado, porque temían ser barridos por la radicalización de las masas.

La nueva actitud del socialismo español parte de la creencia “Más vale morir matando que sucumbir sin lucha”. Los teóricos de la nueva tendencia consideran que la táctica de la socialdemocracia alemana constituyó un lamentable y trágico abandono de los principios marxistas, y, en cambio, la táctica seguida por el socialismo español es de la más pura ortodoxia marxista. Quieren dar la sensación de que todo lo tienen preparado, como si poseyeran fórmulas que sirvieran hasta un momento determinado, que son abandonadas inmediatamente por su inanidad, cuando su táctica ha sido en realidad una imitación grotesca y poco inteligente de la conducta seguida por la sección alemana de la II Internacional.

Con el socialismo español pasa lo siguiente: Quienes preconizan actualmente la revolución del proletariado en el campo socialista son hombres que ingresaron en el partido por romanticismo juvenil, por conciencia de clase o por temperamento. Son miembros que procuraron llenar las lagunas de su ignorancia estudiando el socialismo a través de lo poco que podían enseñar sus intérpretes más inmediatos en el espacio. Que trabajaron en sus organizaciones, entregándose a ellas por completo e impregnándose de su espíritu. Que ampliaron sus conocimientos orientándose por ese ambiente, con el fin de aplicar a su obra las doctrinas de los que dirigían la II Internacional con sus teorías reformistas. Que preocupados de estos menesteres no estudiaron nunca el marxismo a fondo y por su cuenta, ignorando a cuantos se dedicaron a poner en forma a la clase obrera mediante la aplicación del marxismo revolucionario. Que en el transcurso de su vida de militantes han perdido el sentido histórico de la realidad, y que lo han recobrado al comprobar doloridos la muerte de la socialdemocracia alemana y del austromarxismo a manos de las hordas socialcristianas y del nacionalsocialismo. Que aleccionados al principio por la experiencia alemana, no querían que el partido socialista corriera la misma suerte, es decir, que muera sin lucha, sin batallar, y se aprestaron a luchar contra un enemigo que va agigantándose sin cesar, impulsados por una especie de fatalismo, por una reacción que en el fondo es netamente conservadora y sentimental, pero no porque ven en la revolución social la única salida histórica para la sociedad, la única que queda a la humanidad si se ha de evitar el retroceso hacia formas de barbarie sobrepasadas. En su fuero interno no desean sino otra situación análoga a la del 14 de abril famoso, como lo prueba la reacción experimentada por ellos después de la derrota del proletariado austriaco. De no ser así, ¿a qué preconizar la violencia en la calle, rechazando la democracia y propugnando por la dictadura del proletariado, permaneciendo en los límites estrechos del parlamentarismo sin organizar nada, sin hacer nada por lograr la unidad de acción de la clase obrera, mientras la reacción transforma los organismos de colaboración de clases, e incumple o deroga las leyes aprobadas durante su estancia en el poder? Sobre el terreno de la lucha de clases, los socialistas reemplazan al socialismo científico por vagos llamamientos sentimentales y por amenazas.

Los acentuados antagonismos de clase, y su dialéctica, son reducidos por los jefes socialistas a un simple problema de biología. Con su nueva táctica, de la más pura impronta pequeñoburguesa, pretenden defender el derecho a la vida de las organizaciones que controlan, que son feudos suyos, propagando ciertas medidas profilácticas en las que no creen, pues chocan con los límites estrechos de su mentalidad y con toda su ejecutoria anterior. Aun cuando aparenten estar convencidos de que actúan como representantes de

las aspiraciones del proletariado, como personajes del libro de la vida obrera, del libro del porvenir, temen ser barridos por las masas socialistas radicalizadas. Han llegado a considerar a la UGT y al partido socialista consustanciales con su existencia, y para contentar a sus masas y no perder sus posiciones ventajosas, emiten la consigna de “todo el poder para el partido socialista”, una de las mayores herejías marxistas que se pueden cometer, cuyo carácter sectario fue rechazado explícitamente por Marx y Engels en repetidas ocasiones. “La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.”² Y en la alocución inaugural de 1864, Marx afirma la necesidad de reorganizar políticamente al partido de los trabajadores, añadiendo: “La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber.”³ La revolución socialista es, por consiguiente, no solamente una revolución de la mayoría (y no de un partido, fracción de esa mayoría), sino de una mayoría que ha alcanzado cierto grado de conciencia. Y el partido socialista ni es la mayoría, ni representa los intereses generales de las masas laboriosas; es simplemente una fracción de esa mayoría, cuyos cuadros y masas no han alcanzado todavía el grado de conciencia necesaria.

De la noche a la mañana no puede cambiar la mentalidad de estos individuos, por muy tormentosos que sean los acontecimientos que hieran su cerebro. Se acuestan reformistas y se levantan partidarios decididos de la dictadura del proletariado, abandonando su fisonomía democrática y su pasividad, como si el reformismo no hubiera sedimentado en su conciencia, y adoptando una postura que rechazaban con todas sus fuerzas el día anterior.

Lo que ocurre es que, si los fascistas conquistaran el poder, destruirían su obra y anularían su personalidad, resultando baldíos los esfuerzos realizados en tantos años. De este hecho se deduce la teoría que más vale morir luchando que presenciar impasibles, desde los campos de concentración o desde el destierro, la destrucción del partido socialista y la transformación fascista de la UGT, que equivaldría a la anulación total de su vida. Y no encontrándose con ánimos para emprender una nueva vida en la clandestinidad o en el destierro, ni para soportar el tormento de un campo de concentración o de una cárcel, prefieren correr el albur, sin fe y sin esperanza en la victoria (llevando a la clase obrera a su suicidio), porque de esta suerte el partido socialista y sus dirigentes pasaran a la posteridad después de haber lavado sus culpas en el Jordán ensangrentado de la lucha. De esta manera siempre quedaría un rescoldo en el proletariado español que pudiera avivar un nuevo impulso...

Lo cierto es que el partido socialista ha recuperado su influencia. Las masas socialistas creen en las palabras revolucionarias de sus jefes, porque expresan sus deseos y sus aspiraciones. Y como los jefes del partido socialista gozan del ascendiente que les da una larga serie de servicios a la causa del partido y de la UGT, no tiene nada de extraño que esperen de sus caudillos las iniciativas que han de seguir para lograr su emancipación. De esta verdad están profundamente convencidos los mismos jefes, porque saben que habiéndose instruido profundamente en las triquiñuelas y en el conocimiento del mundo sindical, y conociendo a la perfección el desarrollo y las habilidades del proceso político,

² F. Engels en el la “Introducción” (de 1895) a C. Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)*, página 15 del formato pdf en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*.

³ C. Marx, *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores - Primera Internacional (AIT)*, página 6 del formato pdf en nuestra misma serie citada arriba.

al que están muy mezclados, las masas creen que lo saben todo, que están al tanto de todo, y de ahí que ellos se consideren indispensables, en virtud de las delicadas funciones que ocupan en calidad de empleados de la UGT y del partido. El acatamiento sin discusión se hace una necesidad disciplinaria. La facultad crítica de la clase obrera desaparece, fomentándose el caudillismo y la creencia en la infabilidad de los jefes.

Las masas laboriosas nada pueden esperar de quienes, seducidos por el ambiente parlamentario, consideran su acta de diputado como una justa recompensa a sus desvelos de militantes. El proletariado y su movimiento de emancipación no pueden contar con semejantes elementos, que, contaminados por el medio, han abandonado sus antiguas convicciones, quien las tuviera, claudicando ante la clase contraria. La clase obrera no puede confiar en aquellos diputados que, influenciados por el medio parlamentario, se adaptan al auditorio burgués, de quien reciben complacidos los halagos, y descuidan su propaganda revolucionaria y los intereses de la clase que los ha elegido. La importancia que conceden al parlamento como instrumento de la revolución, y su despreocupación por el estudio y la propaganda de las tácticas de los objetivos de la revolución, y por la organización de las fuerzas revolucionarias en los lugares y en la forma que ha de darse la batalla a las clases explotadoras, es producto de toda esa mentalidad pequeñoburguesa y antiobrera.

Para Marx y Engels, el parlamento era un instrumento burgués que presta un innegable servicio a la clase obrera, siempre que sus representantes lo utilicen, con perfecto conocimiento de causa, como media eficaz para orientar sus luchas, para desenmascarar los vicios y las taras del sistema capitalista y para exponer los principios y los fines del socialismo. Pero nunca había de ser conceptuado como una institución al servicio de la revolución social. Bastaría un golpe de audacia de cualquier generalote para que este instrumento deje de mostrarse eficaz al servicio de la clase obrera. La clase obrera nada puede esperar del régimen parlamentario, que ha sido superado con creces por otros organismos que tienden a realizar la administración de los productores por los productores mismos. Pero aun cuando las libertades democráticas sirvan para encubrir la inhumanidad de la sujeción económica, importa mucho que el proletariado se aproveche cuanto pueda de las escasas libertades permitidas por las leyes de la democracia burguesa, porque son indispensables para organizar la lucha.

Esa tendencia sincera que se aprecia en un gran sector del PS, tiene que concretarse lógicamente en algo positivo y distinto de su organización para que sea eficaz. Sus energías y sus esperanzas deben ser orientadas en otra dirección. ¿Cómo es posible que los obreros socialistas confíen en los ex ministros y en los ex altos funcionarios que van al parlamento a defender sus intereses particulares o de grupo? ¿Cabe admitir que esos señores defendieran los intereses generales y permanentes de la clase obrera? De ninguna manera. Si son marxistas, deben admitir que, si las condiciones de existencia dominan al hombre y determinan por su manera de vivir su modo de pensar, un ministro socialista, en un gobierno burgués, es antimarxista por función de su cargo, ya que su voluntad está también determinada por las condiciones sociales que le rodean. Al encomendarle la burguesía las gestiones de sus asuntos y la administración de su dominación de clase, los ministros sedicentes obreros se ven obligados a repudiar la teoría marxista, que es el algebra de la emancipación del proletariado. Es innegable que los ex ministros y los ex altos funcionarios socialistas han puesto su talento al servicio de la clase burguesa, actuando de válvula de seguridad que daba salida al descontento de las masas y garantizaba la estabilidad del capitalismo y su dominación de clase. Y si se les ofreciera otra oportunidad de colaborar, no repararían en cometer nuevamente las mismas torpezas y los mismos errores que encaminan al proletariado español a su derrota. ¿A qué obedecen estas últimas maniobras parlamentarias, esos discursos encendidos de fervor

republicano y patrioter, sino a un deseo incontenible de ocupar los cargos que la burguesía les hizo abandonar? ¿A qué ese afán de lograr la unidad de los republicanos, cuando debieran dedicar todas sus energías y todas sus actividades a conseguir la unión de la clase obrera y la incorporación de la pequeña burguesía a la causa de la revolución social? La revolución no debe engañarnos nuevamente. Conviene reconocer a tiempo que hay hombres e ideas que estorban la marcha de la revolución, que nunca podrán acomodarse a los nuevos métodos de lucha, y que, por consiguiente, en estos momentos históricos de tanta trascendencia, es una obligación abandonarlos a su propia suerte.

La teoría reformista ha sido superada por los acontecimientos. Ya no es posible conseguir de la burguesía reformas que mejoren la situación material de la clase obrera. Todo lo contrario. Para su conservación, la burguesía rebaja el nivel material de existencia de la clase productora, retira todas las libertades que hicieran concebir en los explotados esperanzas de emancipación, y dificulta, hasta impedirlo, la organización autónoma del proletariado. Al reformismo se le han agotado las posibilidades. Ante la lucha del proletariado por sus intereses más elementales, la burguesía no puede mantener las organizaciones prácticas de colaboración de clase sin cambiar la ideología que las informa. Cuando el reformismo deja de encerrar un valor positivo para la burguesía como idea del proletariado, es suplantado por la ideología fascista, que se aprovecha de las organizaciones socialistas, apoderándose de sus bienes.

Para la clase obrera ya no cabe más que la evolución revolucionaria de la sociedad. Primero la revolución para destruir los obstáculos que se oponen a la salvación de la humanidad, y después la evolución de las fuerzas productivas con arreglo a un plan acomodado a las necesidades de la colectividad.

No obstante haber desaparecido las raíces económicas que le dieran origen, la ideología reformista persiste en las organizaciones socialistas y entre la clase obrera y sus aliados por razones de supervivencia. Pero poco a poco va perdiendo su influjo a consecuencia de la exacerbación de los antagonismos de clase, de la acentuación de la miseria y de la explotación de las masas laboriosas. A la luz que proyectan las experiencias española, alemana y austriaca, un gran sector del proletariado que sigue al PS, sin discernir todavía la táctica y los objetivos de la revolución, va comprendiendo que, “coincidiendo con la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla la forma cooperativa, sobre una escala cada vez más vasta del proceso de trabajo, la aplicación razonada de la ciencia a la técnica, la explotación sistemática del suelo, la transformación de los medios particulares de trabajo en medios que solo pueden ser utilizados en común, el aprovechamiento de todos los medios de producción por su empleo como medios de producción en un trabajo social combinado, la entrada de todos los países en las redes del mercado mundial, y por consiguiente, el carácter internacional del régimen capitalista. A medida que disminuye el número de los grandes capitalistas, que acaparan y monopolizan todos los beneficios de este proceso de transformación, se ve aumentar la miseria, la explotación, la opresión, la esclavitud, la degeneración, e igualmente la rebeldía de la clase obrera, que ha sido encauzada, unida, organizada por el mecanismo mismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital deviene el obstáculo del modo de producción que se ha desarrollado con él y florecido con él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que no se acomodan con su cubierta capitalista y la hacen estallar. La última hora de la propiedad capitalista ha sonado. Los expropiadores serán expropiados a su vez”⁴. La expansión imperialista resulta ya imposible. Los antagonismos del régimen capitalista se acentúan. El fin ideal de la clase obrera y los medios van aproximándose.

⁴ *El Capital*, por Marx.

El divorcio entre los objetivos del proletariado y el movimiento ha desaparecido. El movimiento obrero no tiene otra salida que la REVOLUCIÓN. La clase obrera se ve obligada a conquistar el estado para organizar la gestión colectiva de los medios de producción.

La existencia de un PARTIDO revolucionario, que represente efectivamente los intereses generales y permanentes de la clase obrera, sometido a un control constante de las masas laboriosas, es la condición que asegura la acentuación de la conciencia de clase del proletariado, la liquidación del reformismo y del sectarismo, la unidad de la clase obrera y la emancipación del trabajo y de los trabajadores.

JOSÉ LUIS ARENILLAS

30 de julio de 1934

Edicions Internacionals Sedov
Serie: **Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**



germinal_1917@yahoo.es